

094. Despreciados y valorizados

Dentro de la Biblia los samaritanos constituyen una etnia, un grupo del todo especial. Descendientes de aquellos colonos que instalaron los asirios hacía setecientos años, eran unos judíos bastardos, y entre judíos y samaritanos se daba un odio mortal. El Eclesiástico es mordaz, cuando dice de los samaritanos con desprecio visceral: “...nación que mi alma detesta, pues ni siquiera es nación: el pueblo estúpido que habita en Siquem” (Eclesiástico 50,25-26). Cuando venga Jesús, ¿qué va a hacer con esta gente samaritana?...

Porque, ¡hay que ver cómo se le portaron un día al Señor! Se dirigía con los doce desde Galilea a Jerusalén, y tomaron el camino que atravesaba la Samaría. Para asegurarse hospedaje por la noche, mandó a dos discípulos por delante y regresaron con un chasco: -*¡No nos quieren recibir, porque vamos a Jerusalén!...* Santiago y Juan, los dos hijos del Zebedeo, simpáticos pero de sangre muy caliente, no aguantan semejante desprecio, y piden a Jesús: -*Señor, ¿quieres que hagamos bajar fuego del cielo que los consuma?...* Jesús, sin embargo, les propina una severa lección: -*¡Cuidado! No sabéis de qué espíritu estáis animados. Yo no he venido a perder a los hombres, sino a salvarlos* (Lucas 9,51-56)

Aquí aparece a plena luz el pensamiento de Jesús. Para Él no hay razas ni pueblos que queden excluidos de la salvación, y todos, por lo mismo, son llamados y son valorados por el Redentor.

Para entonces, Jesús había tenido una buena experiencia con los samaritanos. Casi en los inicios de su ministerio, al dirigirse a Galilea se detiene junto al pozo de Jacob, en las cercanías de Siquem, donde se desarrolla uno de los hechos más bellos y conmovedores de todo el Evangelio.

Era el mediodía, y llega Jesús acalorado del camino. Manda a los discípulos a comprar algo en la aldea vecina para comer, se sienta sobre el brocal del pozo, y ve venir una mujer elegante, orgullosa, coqueta, que, nada más ve al forastero, se dice para sus adentros: -*¡Psi! Un judío...*, y no se digna mirarle la cara ni dirigirle un saludo. Jesús, insinuante:

-*Mujer, dame de beber.* Y ella: -*¿Yo darte de beber a ti? ¿Una samaritana a un judío?...*

Ya tenemos el cuadro de los samaritanos contra los judíos. Pero el judío Jesús no es como los demás judíos, enemigos de los samaritanos, sino todo lo contrario. Los ama, y ahora va a conseguir con su amor la primera conquista.

Nos sabemos de memoria aquel diálogo sublime:

- *Quien bebe de esta agua, tendrá otra vez sed. Pero el que bebe del agua que yo le daré, no tendrá ya más sed.* Y la mujer se entusiasma: -*¡Dame, dame de esa agua tuya para que yo no tenga que volver más aquí!...* Jesús le quiere aclarar sus amores: -*Mujer, tráeme a tu marido.* Y ella no se atreve a traer al sexto hombre que había caído en sus redes... -*Veo que tú eres un profeta.* A lo que Jesús responde, manifestándole su propia identidad: -*Ese Cristo que esperáis, soy yo...*

La mujer corre al pueblo y les comunica a todos su encuentro con el personaje misterioso. Los contagia con su entusiasmo, obligan entre todos a Jesús a quedarse con ellos, y por dos días permanece el Maestro allí, bien querido por los repulsivos samaritanos. Jesús, en vez de mirarlos con desprecio, los ha valorado y se los ha hecho suyos... (Juan 4)

Cuando el Señor exponga lo que es el gran precepto de la caridad, recurrirá a una parábola inolvidable y genial, immortalizada por nosotros con el nombre de “El Buen Samaritano” (Lucas 10,25-37).

-¿Y quién es mi prójimo?, le pregunta tentador el doctor de la ley.

Jesús: -*¿Eso me preguntas?... Mira lo que le pasó a aquel pobre hombre que, caído en medio de los salteadores, lo muelen a palos, lo dejan medio muerto, y queda allí, abandonado de todos. El sacerdote del templo y el levita lo ven, dan media vuelta, no le hacen caso y allí lo dejan para que se muera. Mientras que el samaritano lo ve, se compadece, lo cura, lo lleva hasta la hospedería, y paga todos los gastos de la curación del judío maltrecho. ¿Quién te parece que actuó como verdadero prójimo del herido?...*

El astuto doctor no se atreve ni a decir “El samaritano”, y contesta evasivo:

- *Aquel que usó de misericordia con el moribundo.*

¿Y qué decir de aquellos diez leprosos curados por el Señor? Nueve se van corriendo y gritando como locos, sin poder contener su alegría, olvidados todos de su bienhechor. Sólo uno regresa a dar las gracias a Jesús, que comenta conmovido y algo triste: -*¿No han sido diez los curados? ¿Y nadie ha vuelto a agradecer a Dios el beneficio sino este extranjero samaritano?...* (Lucas 17,11-19)

El Evangelio contiene un mensaje perenne. ¿Nos amamos de veras los pueblos, los unos a los otros? ¿No existen entre muchas naciones rivalidades profundas, que se traducen en desconfianza, aversión y hasta odio entre los ciudadanos de unas contra los de las otras? ¿No ocurre lo mismo a nivel más reducido, como de ciudad contra ciudad, de pueblo pequeño contra otro pueblo?...

Todas esas enemistades desembocan muchas veces en desprecio, lucha y hasta muerte, y nos hallamos así en lo más opuesto al Evangelio, el cual no reconoce privilegios de unos sobre otros, sino que exige comprensión, amor, ayuda y colaboración mutua para conseguir la promoción y el bienestar de todos. ¿Pensamos, por ejemplo, en los emigrantes que se establecen entre nosotros?...

Con organizaciones mundiales como las Naciones Unidas, buscamos laudablemente el respeto entre todos los pueblos. Pero nunca hallaremos medio más poderoso para respetarnos y amarnos que la aplicación de la enseñanza, el ejemplo y la dirección trazados por Jesucristo. Porque, ¿a que nadie sabe hacerlo mejor que Jesucristo con los samaritanos?...